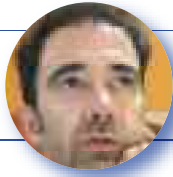


EL ESPEJO DE TINTA •

ÁLVARO NARRO
Andorra, 1972



Trabaja en la Televisión Local de Andorra. Ha publicado dos libros de relatos con la editorial Certeza de Zaragoza, *Ayúdame* (2017) y *Fundido a negro* (2018). En la actualidad sigue trabajando en otros proyectos literarios.

Una voz dulce

¿Quiere algo más? –le preguntó la mujer mientras se secaba el sudor de la frente con una mano regordeta.

–Necesito unas pilas. Juraría que las había dejado en ese cajón, pero no hay forma de encontrarlas –le dijo Marcos.

–Tiene usted todo lleno de papeles. Yo no sé lo que se puede tirar o lo que se debe conservar. Tiene mezcladas las facturas con las quinielas. Las citaciones médicas con un montón de llaves. Algunas oxidadas.

–Es mi cabeza. También ahí dentro se mezcla todo. Últimamente me duele aquí –dijo Marcos tocándose encima de una oreja seca y parduzca.

–Intentaré encontrar esas pilas –dijo la mujer mientras sacaba un montón de papeles de un cajón enorme.

–Sin pilas, me siento solo. Ya sabe que las uso para ese viejo aparato.

–Debería usted salir. Hoy hace un día maravilloso. Se escuchan un montón de pájaros y muchos árboles ya tienen flores. Está todo precioso ahí fuera. Podríamos subir las persianas...

–No me gustan las flores. Me recuerdan a Carmen. Debería haber visto con qué cariño las trataba. Hablaba con ellas y les cantaba canciones mientras las regaba muy despacio. Decía que respiraban y sentían, que quizá también escuchaban...

–Vaya, aquí están las pilas. Las tiene usted todas mezcladas. Creo que servirán estas pequeñas –dijo la mujer a la vez que dejaba dos pilas sobre una mesa-. Espero que no estén usadas...

–Todo mezclado, sí. En el cajón y en mi cabeza. Un desastre. Todo es un desastre.

–Pondré las pilas y me iré. Hoy vienen a comer mis hijos y me gustaría preparar un buen asado, si usted no tiene inconveniente. La pequeña ha tenido otro niño...

–Tengo el aparato en mi mesita. Hasta mañana no la necesitaré. Hay que echar unas quinielas y creo que ya no me quedan rosquillas. ¡Me muero por una buena rosquilla!

La mujer desapareció para volver con un aparato negro y pegajoso. Abrió una tapita y metió las pilas. Una voz dulce salió de unos agujeros negros y Marcos sonrió.

–Mañana estaré aquí antes de las ocho –le dijo la mujer a la vez que se colocaba bien la falda y recogía una bolsa llena de fruta.

–Entre utilizando sus llaves. Quizá esta noche ya pueda dormir.

–No se preocupe –dijo la mujer antes de cerrar la puerta.



JUAN JOAQUÍN MARQUÉS GARZARÁN. (Teruel, 1950) Maestro de Primaria jubilado, aficionado al mundo de la imagen desde muy joven. Es miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense desde 2009 y ha recibido varios premios en concursos locales, comarcales y provinciales de fotografía.

Marcos subió el volumen de la radio y se sentó en el sofá. La voz de la locutora le recordaba a su mujer y se quedó muy quieto mientras miraba una mancha de café en el pantalón de su pijama. Se rascó con fuerza encima de una oreja y unos diminutos trozos de piel cayeron sobre unos hombros flacos y pálidos.

Echó la cabeza hacia atrás y bostezó ruidosamente. Miró el techo y le pareció ver una araña jugando con sus patas. Después cerró los ojos y escuchó a la locutora decir que las altas temperaturas se prologarían a lo largo de toda la semana.

El sonido del teléfono lo sobresaltó. Se apretó con fuerza las sienes antes de descolgar un auricular que hacía unos años fue blanco.

–Papá, quiero ir a verte. ¿Te va bien dentro de un par de horas? –le preguntó Pablo gritando.

–¡Oh! No creo que sea un

buen momento. Tenía pensado dormir un poco. Me duele la cabeza, encima de las orejas, no estoy muy seguro...

–¿Estás bien? ¿Quieres que vaya ahora?

–¡Oh, no! Claro que no, hijo –le dijo Marcos-. Quizá si hablaras un poco más bajo, me ayudarías.

–Puedo echarle un vistazo. Había pensado ir con Daniel. Podíamos acercarnos a ese parque donde hay un tióvivo de madera y venden esos helados de nata y fresa. Empieza a hacer calor y todo está muy bonito. El pequeño quiere que le cuentes alguna historia de las tuyas.

–La verdad es que tengo algo de trabajo. Había pensado ordenar un cajón lleno de papeles... –dijo Marcos a la vez que alejaba el auricular de su oreja.

–Yo intento contarle historias, pero no es lo mismo. Dice que son demasiado fantasiosas. Que está harto de los dragones...

–Pablo, ¿por qué no le cuentas la historia del doctor?

–No conozco la historia del doctor.

–Es mucho más real. ¡Cuéntale cómo los padres del doctor le pagaron sus estudios y luego él no pudo siquiera salvar la vida de su madre! –gritó Marcos a la vez que notaba como el dolor en su cabeza era más intenso-. Cuéntale cómo apenas pesaba cuarenta kilos cuando la metieron en un ataúd –susurró después.

–¡Por Dios, papá! Eso es muy injusto. ¡Ella no tenía cura!

–No me hagas caso. Solo estoy un poco cansado y me gustaría cerrar los ojos. Estoy escuchando la radio... Después ordenaré ese maldito cajón.

–Como quieras, papá. Si cambias de opinión, llámame. Supongo que no has perdido el papelito amarillo con mi teléfono.

–Lo tengo. No te preocupes.

Disfruta de tu hijo y de ese tióvivo –dijo Marcos antes de colgar.

Después volvió a mirar el techo, pero ya no vio la araña. La locutora estaba hablando de un día en familia en una playa del este. Cuando explicaba que muchos hoteles estaban llenos de turistas, su voz dulce se tornó grave y cansada. Finalmente enmudeció.

Marcos cogió la radio. La miró abriendo mucho los ojos. Tocó algunos botones y una ruedecilla. Le dio un par de golpes mientras rezaba algo muy bajito con una voz nerviosa. Después lanzó el aparato contra unas baldosas. Saltaron piezas por todas partes. Trató de no pisarlas antes de llegar al sofá. Se sentó muy despacio y de nuevo apretó sus sienes con manos temblorosas. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que las lágrimas corrieran por los surcos de su rostro.